

SANTIAGO ÁLVAREZ

*La ciudad
de la memoria*

TAPA NEGRA



ALMUZARA

© SANTIAGO ÁLVAREZ, 2015
© EDITORIAL ALMUZARA, S.L., 2015

Primera edición: enero de 2015

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

COLECCIÓN TAPA NEGRA
EDITORIAL ALMUZARA
Director editorial: ANTONIO E. CUESTA LÓPEZ
Edición de JAVIER ORTEGA
www.editorialalmuzara.com
pedidos@editorialalmuzara.com - info@editorialalmuzara.com

Imprime: CPI BLACK PRINT

ISBN: 978-84-16100-51-4
Depósito Legal: CO-1972-2014
Hecho e impreso en España - *Made and printed in Spain*

Índice



1. La entrevista de trabajo	9
2. Atrapa a un fugitivo	23
3. Los Dugo- Escrich	35
4. La chica de la Olivetti	49
5. <i>Reality sucks</i>	65
6. Carlota	85
7. El bello hueco en la amplia bahía.....	103
8. Polis y fotos	119
9. La Clínica Cubells.....	137
10. Una noche en la ópera.....	153
11. Balansiya Downtown	169
12. Rastros	185
13. Imágenes del pasado.....	201
14. Un nuevo socio	221
15. Cita con los muertos	235
16. BiblioGym.....	255
17. <i>Impasse</i>	273
18. Todo al revés.....	287
19. Memorias de un millonario.....	307
20. Y todo esto para qué	333
21. Quién es ella	349
22. Un sacrificio necesario	359
23. <i>Better call the whole thing off</i>	381



1. LA ENTREVISTA DE TRABAJO

«Así que usted es un detective. No sabía que existiesen realmente, excepto en los libros; o bien que eran tipos grasientos espionando en los pasillos de los hoteles.»

El sueño eterno, 1946

Berta llegaba tarde a la entrevista que iba a cambiar su vida. Quizás no se hubiera apresurado de haberlo sabido. Si le hubieran contado que en las próximas semanas se vería involucrada en una persecución a alta velocidad por las principales calles de Valencia, que una bala envenenada estaría a punto de llevarse su vida, que forzaría cerraduras en busca de información secreta, si le hubieran explicado todo esto, Berta habría arrugado la nariz chata con desconfianza, tal vez sonriendo tímidamente hacia abajo, pero no lo habría creído. Hubiera agradecido la advertencia con buenas palabras para continuar su camino; a ella le gustaba ser puntual.

Ascendió a trompicones entre el gentío que atestaba las escaleras del metro de Colón. Al llegar a la superficie miró a su alrededor para orientarse; pasaban cinco minutos de las diez de la mañana y todavía le quedaba un buen trecho hasta la oficina donde la esperaban. Mientras recorría las calles del centro recordó la conversación telefónica del día anterior. Era uno de sus últimos intentos serios de encontrar trabajo. Los exámenes estaban cerca y si no estudiaba en serio, en lugar de visitar empresas de trabajo temporal y de imprimir en serie decenas de currículos, un abismo que ahora tan solo intuía se abriría

bajo sus pies; ese mismo precipicio que amenazaba su carrera como periodista y gran parte de las ilusiones que empaquetó en una maleta el día que dejó el pueblo para venir a Valencia, diez meses atrás.

El anuncio era bastante escueto:

SE PRECISA SEÑORITA PARA TAREAS ADMINISTRATIVAS EN AGENCIA DE DETECTIVES. NO ES NECESARIA EXPERIENCIA. MEDIA JORNADA. ABSTENERSE CURIOSOS.

Berta había llamado sin mucha convicción; solo era otra oportunidad de escuchar que tenían cubierto el puesto, que disponían de suficientes candidatos o que simplemente no podía ser. Tras marcar, sonaron dos tonos y la voz la pilló desprevenida.

—Mejías —había dicho la voz, como si aquello fuese suficiente.

Ella esperaba algo del estilo: Buenos días, está usted al habla con la agencia de detectives fulano de tal y en este momento no podemos atenderle. O: Blablabla, claro que podemos atenderle, indíquenos su nombre y número de teléfono y nos pondremos en contacto con usted...

Durante seis segundos eternos consideró la opción de colgar. Finalmente, balbuceó una explicación.

—Perdone, yo, en realidad...

—Vamos, vamos, que no tengo todo el día. Venga, escúpelos.

La voz no era amable, aunque sí persuasiva. Berta calló de nuevo, creyendo que había marcado un número equivocado. Tal vez sería demasiado grosero colgar sin más.

—¿No vas a decir nada? —volvió a decir la voz—. Eooo, ¿hay alguien ahí?

La dignidad de Berta se recompuso con rapidez.

—Perdone, creo que me he confundido. ¿Es la agencia de detectives donde buscan una administrativa?

—Puede ser.

—Disculpe, no le entiendo. ¿Puede ser?

—Sí, en realidad depende de ti.

Berta ignoró este último comentario. Respiró profundamente y decidió ceñirse a su guión inicial.

—Estoy interesada en el puesto. Estudio periodismo y tengo experiencia en administración.

—Ah, periodista, qué apropiado. Así que quieres una entrevista de trabajo.

—Sí, eso es —dijo Berta con impaciencia.

—¿Todavía?

—¿Perdón?

Una risa cansada estalló al otro lado.

—Muy bien, muy bien, periodista. Mañana por la mañana, a las diez en punto. Calle Moncofa, número dos.

—De acuerdo, pero discúlpeme, ¿qué puerta es y por quién debo preguntar?

De nuevo la risa.

—No te preocupes, seguro que das conmigo. Y no llegues tarde.

Berta estuvo a punto de decir algo más, de añadir algún detalle curricular que la mostrara competente y digna de confianza, pero el tono continuo le indicó que habían colgado. Miró el teléfono un instante, todavía indecisa, y finalmente renunció a llamar de nuevo.

Ahora llegaba tarde, a pesar de su previsión. Berta, como siempre, había estudiado un itinerario que le permitiera presentarse quince minutos antes de la cita, pero los pequeños retrasos se habían acumulado hasta alcanzar el desastre. Primero debía recoger unos apuntes en la facultad, y mientras esperaba en la cola de reprografía tuvo que soportar el irónico interés de otros universitarios ante su traje de chaqueta, más propio del profesorado que de una alumna de segundo curso. De vuelta en la parada, el metro se marchó en sus narices y tuvo que esperar otros siete interminables minutos al siguiente, que dos estaciones después la depositaría en el centro. Se odió un instante por no haber continuado a pie, aunque eso tampoco la hubiera ayudado. Pasó por delante de El Corte Inglés y atravesó el Parterre. Las diez y nueve minutos. La cosa no empe-

zaba bien, como todo lo que emprendía últimamente. Llevaba meses buscando un trabajo a tiempo parcial que cubriera sus gastos; había perdido toda esperanza de emplearse como telefonista, cajera, dependienta, de ser cualquier cosa donde pagaran un puñado de billetes por explotar su escaso tiempo libre. Pero el caso era que necesitaba el dinero.

Cruzó la calle del Mar a las diez y trece minutos, con un fragmento de plano que temblaba en su mano a cada paso, incluso cuando se detenía a examinarlo de manera innecesaria. Si se hubiera bajado en la parada anterior, no dejaba de repetirse, si no hubiera tardado tanto en arreglarse, si no hubiera recogido los apuntes... Desde que despertara en su modesto piso compartido de Benimaclet, cada retraso adicional había socavado su voluntad de triunfar esa mañana, indestructible tan solo dos horas antes. Había pasado más de media hora ante el espejo para elegir aquel traje que dejaba a la vista unos tobillos demasiado gruesos, que acentuaba la anchura de sus caderas. Incluso se había maquillado. Cuando salía por la puerta recordó los tres aros en su oreja derecha, y los sustituyó por pendientes convencionales. Sin sentirse satisfecha del todo, decidió quitarse el pequeño *piercing* de circonita sobre la aleta derecha de la nariz.

Quizás exageraba, pero Berta no podía permitirse ningún error. Su exigua beca apenas pagaba la matrícula y su parte del alquiler, mientras los gastos de apuntes, libros y manutención consumían con rapidez sus ahorros. La tía Marina, único rescoldo familiar conocido, no podía prestarle más dinero sin situarse en una posición incómoda, por lo que si no cambiaba pronto su suerte se enfrentaría con la decisión más temida: volver al pueblo.

Se detuvo y miró a ambos lados de la calle peatonal. Ajustó sobre su nariz las gafas negras de pasta y apartó la oscura melena sobre sus hombros. Valencia no era tan grande y ella era lista, pero en aquella zona las calles se cruzaban confusamente, la falda molestaba al andar, la solapa de la chaqueta le rozaba el cuello, la ropa de lana parecía amianto esa mañana. Berta sopló hacia arriba y un mechón de pelo ondeó sobre su frente como una bandera que invitara al armis-

ticio. Las diez y diecisiete. Preguntó a dos o tres viandantes por la calle Moncofa, pero nadie había oído ese nombre antes. Desesperada, se apoyó en la esquina, frente a un solar empleado como garaje en las estrecheces del centro. Un gato callejero cruzó ante sus pies y ella lo observó perderse entre los contenedores de basura. Las diez y veintidós. Entonces sus ojos tropezaron con el rótulo ansiado, semi oculto por los cubos de plástico: «Carrer Moncofa».

No era exactamente una calle sino un hueco transitable en la parte trasera de dos edificios, sin ventanas ni balcones. Avanzó cuatro pasos y ya estaba a medio camino de la salida. Al acercarse al único portal, observó tres botones en el telefonillo donde se apilaban iniciales desconocidas. La tercera etiqueta permanecía en blanco, así que decidió probar ahí. Tras varios intentos, una voz interrumpió la llamada.

—Mejías.

—Hola, vengo por la entrevista y...

—Llegas tarde.

—Bueno, yo...

Se oyó un clac y la puerta se abrió sola. La joven inspiró profundamente y se dispuso a terminar con aquello. Eran las diez y veinticinco minutos.

Berta percibió un movimiento sinuoso en la penumbra del rellano. Por el hueco de la escalera culebreaba una cuerda de tender la ropa, cuyo extremo inferior se anudaba al resbalón de la entrada, mientras el otro se perdía hacia arriba. La joven tomó la barandilla de forja y subió con creciente aprensión por los desgastados escalones, dejando atrás dos viviendas silenciosas. Solo el eco de sus propios zapatos la acompañó durante toda la ascensión. En el tercer y último piso la puerta estaba abierta. Enfrente, la barandilla terminaba su espiral y, sobre ella, se ataba el otro extremo de la cuerda de nailon.

Entró en el recibidor, un cuadrado de tres metros de lado donde se apretaban un tablero de melamina a modo de recepción y un sillón forrado con una mala imitación de cuero. A la derecha, sobre una puerta de cristal traslúcido, bailaban

en arco seis letras: MEJÍAS. Una voz, aquella voz de nuevo, la reclamó desde el interior.

—¿Vas a pasar de una vez?

Mientras cerraba, Berta dudó entre escapar escaleras abajo o contestar. Su innata curiosidad impidió la huida. Se irguió un poco, y trató de componer una expresión competente que pudiera librarle de sus malos presagios.

—Disculpe, ya estoy con usted.

Al abrir la puerta creyó sumergirse en un mundo imaginario, atestado de objetos dispersos. Un escritorio de nogal dominaba el despacho, y sobre él había un teléfono negro de baquelita, una lámpara flexible de aluminio, un inhalador de ventolín y material de oficina que ocultaba la superficie de la madera. De allí emergía la figura de un hombre pequeño con los antebrazos arremangados sobre la mesa y tirantes elásticos sobre la camisa. Poseía una cabeza angulosa de pelo corto, y un generoso par de entradas le peinaban la frente hacia atrás. Aquel hombre estaba hablando:

—Buenas tardes, jovencita.

Marcó tanto la palabra *tardes* que Berta sintió cómo la saliva se espesaba en su garganta. La voz era profunda, casi de bajo, impropia de un hombre menudo como aquel.

—¿Quieres sentarte? —continuó el hombre.

—¿Nos conocemos? —dijo la joven, juntando las cejas sobre la montura de pasta.

—No tardaremos mucho.

Berta dudó un instante, mientras posaba su mirada en las tres sillas atestadas frente al escritorio. Se sentó como pudo en la menos ocupada y alisó la falda sobre sus rodillas. Extrajo de su bolso un documento que tendió a través de la mesa con la solemnidad de quien ofrece la Convención de Ginebra.

—Aquí tiene mi currículum actualizado, como puede ver he trabajaj...

—Shhh. Puedo leer yo solo.

En otras entrevistas y debido a su condición de mujer, de joven que abandona la adolescencia y de desempleada cuya desesperación se revela en cada gesto, Berta había experimentado momentos de gran tensión, pero no recordaba tres minu-

tos tan largos. Contempló al hombre inclinado sobre el papel pero comprendió enseguida su descortesía y dejó resbalar su mirada por el despacho, primero con discreción, y luego con creciente desconcierto.

Era un espacio de unos treinta metros cuadrados, pero parecía diminuto por la cantidad de objetos que ocupaban cada rincón, como en una tienda de antigüedades venida a menos. En las paredes había títulos académicos, un mapa de la ciudad plagado de chinchetas y notas, un par de pistolas de época, una lámpara de aceite colgada de una alcayata. El único ventanuco, casi a la altura del techo, mezclaba la escasa luz del patio interior con la generada por tres milagrosas bombillas eléctricas sobre sus cabezas. Tras la puerta se intuía un perchero triste, aun en pie gracias al apoyo de una gabardina raída y marrón. Junto a él, dos butacas forradas de escay y con los brazos blanqueados por el polvo montaban una guardia inútil. La pared izquierda quedaba presidida por un gigantesco póster de la película *Casablanca*, donde el mismísimo Humphrey Bogart señalaba al espectador con suficiencia y una pistola mientras, a su espalda, emergían los rostros de un puñado de personajes inolvidables. Bajo el cartel, una mesa estrecha contenía el muro de ladrillo y sostenía dos botellas empezadas de whisky y una bandeja con vasos usados. Berta observó, más a la derecha, un tocadiscos de maleta a la espera de arrancar su crepitar de vinilo. Un último desastre aguardaba agazapado en la pared restante, donde una anticuada televisión resistía el asedio de periódicos, libretas abiertas, cintas VHS y cajas de latón que hurtaban sus tesoros a la vista.

Su mirada regresó al hombre pequeño, justo en el momento en que este dejaba el documento sobre la mesa.

—Muy bien, Berta, creo que ya nos conocemos. Ahora debería hacerte algunas preguntas.

—Por supuesto, señor...

—Señor, no. Mejías.

El detective se tomó unos segundos para pensar. Al hacerloladeaba la cabeza hasta tocarse el lóbulo de la oreja derecha con el índice y el anular, entrecerrando los ojos en dirección al ventanuco.

—Berta, ¿qué piensas del cine? —dijo, y se recostó sobre el respaldo de su asiento con mirada expectante.

—¿Cómo?

—Sí, ¿qué es para ti el cine?

—No entiendo cómo eso puede...

Sonó el timbre de la entrada.

—Quizás deberíamos dejar lo del cine para más tarde. Verás, había quedado con un cliente a las diez y media, así que como has llegado tarde tendrás que esperar tú. —Hizo una pausa—. ¿Te parece justo?

—Claro, por supuesto.

—Pues entonces sé buena chica, abre la puerta y dile que pase. Puedes sentarte en la mesa de la entrada mientras nos esperas.

Berta se levantó, preguntándose qué vendría después. En cuanto acabara aquella entrevista volvería a sus dificultades cotidianas. Pero ¿qué mundo le esperaba?, pensó la joven, sacudiendo la cabeza. Al menos Mejías no le había dicho que se fuera. Le había dicho: «puedes sentarte en la mesa de la entrada». Eso significaba, al parecer, que la entrevista no había terminado, que tenía una posibilidad de conseguir el empleo. La cuestión era si aún lo quería.

El timbre volvió a sonar, esta vez con impaciencia. Berta pulsó el telefonillo.

—Empuje, por favor, ya le abro.

El altavoz de plástico escupió de nuevo su infeliz melodía. Esta vez lo acompañó una voz de mujer, con leve acento extranjero:

—Oiga, no se abre, ¿me oye?, esta puerta no se abre...

La joven apretó de nuevo el botón entre los lamentos del telefonillo, sin resultado. Entonces recordó la cuerda. Creyó escuchar una risita desde el despacho del detective, como corolario a su torpeza. Abrió la puerta para abalanzarse sobre la cuerda de nailon atada en la barandilla; tiró mientras se asomaba por el hueco de la escalera y escuchó abajo el chasquido del pestillo, amplificado por el eco.

La mujer se tomó su tiempo en subir los tres pisos antes de presentarse arriba sin resuello, lo que proporcionó tiempo a

Berta para reflexionar. ¿Debía tratarla como si ya trabajara allí o eso sería demasiado atrevido? Quizás Mejías, visto lo visto, la ponía a prueba. Decidió comportarse de la manera más natural posible. La persona que subía las escaleras era solo un cliente más.

—Viene a ver al señor Mejías, ¿verdad? —preguntó mientras la otra asentía, exhausta—. La está esperando.

La señora vestía un traje oscuro de buen corte, con costosos complementos a juego en cuero y terciopelo. Parecía molesta por encontrarse allí y no aprobaba la presencia de aquella chiquilla con tan evidente poca clase. Se tomó unos instantes para arreglar su ropa y humedecerse los labios, comprobando en un espejito que el maquillaje y su puntiaguda nariz continuaban en su sitio. Cuando pareció satisfecha, adoptó aires de afectada indignación y abrió la puerta de Mejías sin llamar.

Una vez sola, Berta echó un vistazo al pequeño recibidor, encogiéndose de hombros. Las paredes estaban cubiertas por un infame papel pintado que se despegaba cerca del techo y los muebles eran anticuados, supervivientes de otra época o rescatados del contenedor de basura. La habitación parecía descuidada, como si algún duende insomne revoliera cada noche aquel desbarajuste en busca de respuestas. Respuestas a preguntas absurdas. ¿Qué significaba para ella el cine? ¿Era una broma? Quizás fuera una táctica de Mejías para romper el hielo, o... aquel tipo no estaba bien de la cabeza y le convenía salir corriendo cuanto antes de allí. La tele e Internet rebosaban de noticias sobre desesperados cuarentones a la caza de jovencitas desorientadas, historias diarias con final desagradable. Berta suspiró, confusa, y al sentarse ante la documentación desordenada escogió un papel al azar: era un pliego timbrado del Colegio Oficial de Detectives. Estaba manuscrito con caligrafía nerviosa, aunque legible.

*Informe n° 00357 del colegiado n° 829
TIP. n° 5178, Vicente Mejías Alcaraz
Valencia, a 1 de diciembre*

El presente informe continúa el anterior de fecha 27 de noviembre. La noche del pasado miércoles acudí a un jardín del barrio de Campanar para comprobar que la transacción encargada por mi cliente JMAT se realizaba de la manera acordada. Me hundí en asiento del Packard con el sombrero calado hasta las cejas. No tuve que esperar mucho. A las 1:20 horas apareció el Sr. D con un maletín, mirando con nerviosismo a ambos lados de la plaza. Un par de indigentes abandonaron los bancos como palomas asustadas, y de las sombras emergió un gigante: era el Chapas. A su lado aparecieron dos sombras más, arrastrando a la chica amordazada entre gemidos ahogados que rompían el silencio. El Chapas se dirigió al recién llegado. Yo apenas distinguía sus palabras, pero comprendía lo que estaba pasando.

Hablaron, más de lo esperado. Al parecer el tipo del maletín exigía algún tipo de garantía que nadie iba a concederle aquella noche. Hizo un movimiento dentro de su abrigo. Un brillo metálico y una advertencia brotaron a la vez de las sombras antagonistas. Eso sí que lo oí: «Si sacas la puta pistola empieza la masclétá, imbécil». «Es un móvil, joder», dijo el otro. Las cosas parecieron calmarse, pero fue un espejismo. Bang, Bang. Los disparos procedían de un nuevo invitado, escondido previamente en el interior del parque, y una silueta junto al Chapas se desplomó fulminada. Hubo más disparos. Sin dudarlo, salí del Packard envuelto en mi gabardina, caminé agachado tras los coches estacionados y llegué hasta la chica, que habían dejado de rodillas en el suelo. Un par de balas rompieron los cristales del vehículo a mi espalda. El Chapas se giró para ver lo que sucedía, se inclinó mientras me encañonaba, pero yo fui más rápido y le encajé una patada en la cara antes de escapar. Bastante estaban teniendo aquellos tontos con su Nit del Foc para seguirme. Entonces la figura del tío del maletín se agitó antes de caer y el silencio llegó de nuevo. Aun tuve tiempo de subir al coche con la chica para evitar que el Chapas me volara la cabeza cuando el disparo estalló en el parabrisas. Las ruedas chillaron y el tipo tuvo que apartarse mientras yo sacaba aquel montón de chatarra lejos de allí.

La chica era guapa. Me miró con agradecimiento y deseo, como se mira un pastel de chocolate después de días comiendo

naranjas. Una vez que nos alejamos lo suficiente, detuve el Packard para asegurarme de que no estaba herida, y antes de preguntarle estampó su boca en la mía. No estuvo mal. La dejé en comisaría, a cargo de Pérez y sus chicos. Aquella noche se había tragado dos muertos, un alma inocente había sido salvada, el malvado continuaba suelto y un defensor de la cordura regresaba al hogar, cansado, una vez más. Quién dice que Valencia es una aburrida ciudad de provincias.

Berta, perpleja, levantó la cara del papel. Era emocionante, aunque pareciera sacado de un telefilm barato de género; nada parecido a las clases de *Teoría de la Comunicación*, con el viejo Llopis adormecido sobre su libro, recitándolo entre balbuceos. Sus hombros se estremecieron involuntariamente. Volvió a tomar el papel en sus manos y lo leyó por segunda vez, ahora con mayor atención. Si fuera verdad...

Una carcajada rompió el murmullo del despacho e interrumpió sus pensamientos. Mejías... el defensor; Berta se mofó de su patética fantasía. Un tipo que le había tomado el pelo por teléfono y que ahora la confundía con otra estúpida mistificación. Lo más probable es que se tratara de un amargado de esos que se lo toman todo a guasa porque cada vez que se miran al espejo solo ven una broma de mal gusto. Sacudió la cabeza con fastidio. De nuevo divagando, se dijo, estudiando la vida de otros en lugar de preocuparte por la tuya que, entre tú y yo, necesita una revisión urgente.

Volvió su atención hacia la puerta de cristal. Desde allí brotaban palabras misteriosas que prometían emociones, reales o imaginarias, y Berta supo que, por encima de cualquier otra cosa, quería conocer el contenido de aquella conversación. La curiosidad le había jugado malas pasadas en otros tiempos, lo sabía bien, pero era una lección que no había querido aprender. Aquella misma inquietud le había descubierto la biblioteca de su tía, una imponente colección de clásicos de varias generaciones lectoras. Allí Berta había buceado entre las colecciones completas de Periquín y Gustavín, todo Enyd Blyton, Tintín, hasta el infalible Sherlock o la inofensiva ancianita de Agatha Christie. Luego vinieron *Moby Dick*, *Grandes*

Esperanzas, Frankenstein, Jane Austen y las Brontë, La Isla del Tesoro... Historias que había devorado varias veces, hasta entregarse con fruición a cualquier cosa que prometiera un mínimo de aventura y misterio. Estos primeros pasos la apartaron del camino hacia la vida doméstica de sus compañeras de juegos y la condujeron hasta la Universidad, hasta una lista de trabajos sin sentido como muescas en su currículum y, ahora mismo, hasta el vestíbulo de una agencia de detectives.

Tomó la decisión antes de ser consciente de lo que hacía. Con exagerada cautela se escurrió hacia el suelo desde la silla y avanzó a gatas hasta el despacho, con sus movimientos limitados por la estrecha falda de tubo. La puerta no ajustaba bien y una rendija de tres o cuatro milímetros permanecía abierta. Por ella escapaban voces que, ahora sí, podía distinguir con claridad. Así que allí mismo, a cuatro patas y con el culo en pompa, la oreja a ras del suelo encajada en la exigua abertura y las palmas sobre las baldosas frías y desiguales, Berta cruzó la línea que iniciaba su extraña carrera de investigadora, espionando sin recato la conversación entre Mejías y su cliente.

—... para la familia se trata de un asunto que debe tratarse con la mayor discreción. Si trascendiera a los medios, nos encontraríamos con un escenario algo, er... molesto.

—Solo para comprobar que lo he entendido —dijo Mejías, tras una breve pausa—. Su cliente quiere que localicemos a Armando y que lo llevemos de vuelta a casa. Cueste lo que cueste.

—Eso es. No pretendemos levantar sospechas ni alargar este asunto más de lo necesario. El dinero no es un problema. —Berta escuchó el cierre metálico de un bolso—. Pero tengo que advertirle: aunque no es conflictivo, Armando puede comportarse de modo violento si se siente acorralado. Tratará de escapar, se lo aseguro, así que cuando averigüe su paradero debe avisarnos sin demora.

—Hmm. Se trata de un caso poco habitual. No soy policía, soy detective privado.

—Lo sé. Por eso doblo su tarifa.

Hubo un silencio más largo.

—Está bien. Si tengo suerte la llamaré antes de lo que imagina.

—Me satisface mucho esa respuesta. Me dijeron que usted era tan bueno como peculiar. Y es muy peculiar.

—Gracias. Mi secretaria la acompañará a la salida —dijo esto último en voz alta y teatral, una indicación que Berta sintió dirigida exclusivamente a ella tras la puerta—. Déjele sus datos de contacto.

Las sillas rasgaron el suelo y la joven espía retrocedió hasta la mesa, adoptando la actitud de quien lleva allí desde las ocho de la mañana. La puerta del despacho escupió a la mujer, entre un revoloteo de telas y cuero. Berta la despidió con educación, sosteniendo la tarjeta que acababa de entregarle. Tras un distinguido silencio, la señora elevó la nariz a modo de despedida, antes de iniciar el descenso de los cincuenta y cuatro escalones que la separaban de la civilización. Berta leyó la tarjeta:

MARIE-SANDRINE BLOUCHARD
BUFETE DE ABOGADOS MORTON & FERGUSON
C/Colón, 88, puerta 6 46004 Valencia

Mejías apareció desde su despacho abotonándose la gabardina; parecía de un humor inquebrantable.

—Una buena pieza, ¿verdad?

Berta abrió los ojos sin parpadear. Tosió un par de veces hasta recuperar la confianza.

—Bueno, yo..., teníamos pendiente una conversación, creo.

El detective agitó una mano en el aire, restándole importancia.

—Sí, sí, seguiremos hablando, ya habrá tiempo para eso. Sé dónde buscar a Armando y debo darme prisa. —Guiñó un ojo—. Hay paga doble.

—¿Armando? —preguntó Berta con inocencia—. No entiendo qué...

Mejías se detuvo ante la puerta y alzó una mano a la altura de la cara, al mismo tiempo que marcaba sus palabras con el dedo índice.

—Escúchame. Regla número uno: no me mientas. Nunca,

al menos a mí no. —Otro dedo extendido—. Regla número dos: cuando escuches tras una puerta, aunque sea de cristal traslúcido, no lo hagas con una bombilla de sesenta vatios detrás. La sombra siempre te delatará. Y no es una metáfora.

—Lo siento, señor —se excusó la joven con rapidez—, le aseguro que no volverá a pasar, no sé cómo he podido...

—Regla número tres —interrumpió el detective, y ahora el pulgar acompañó a las otras falanges desplegadas—: no soy «señor». Soy Mejías, y Mejías soy yo. Regla número cuatro. —Berta ya solo miraba su cara—: no te lamentes ni te disculpes jamás; haz lo que tengas que hacer. Pidiendo perdón no eres nada interesante.

Berta lo miró en silencio, reprimiendo nuevas disculpas para adoptar una pose lo más digna posible.

—Cierra la puerta cuando te vayas, las llaves están en el segundo cajón —continuó Mejías—. Puedes ordenar tu mesa y el recibidor como quieras, mientras no toques nada de mi despacho. Y he dicho nada. Mañana te espero a las nueve. Esta vez en punto.

El detective ya se iba, pero la joven lo interrumpió por última vez.

—Pero, ¿eso es todo? ¿Y la entrevista?

—¿Qué entrevista? ¿De verdad crees que me molestaría en hablar contigo si no fuéramos a trabajar juntos? Por supuesto que estás contratada. Pienso hacerte la vida imposible hasta que renuncies. O hasta que te resulte imposible abandonar este trabajo. Tú decides.

Se marchó con estas palabras flotando en la habitación, y sus zapatos taconearon cincuenta y cuatro veces hacia el exterior, acompañados por el silbido de una antigua melodía. Arriba, acodada en la recepción de la Agencia de Detectives Mejías, la joven Berta, atónita, contemplaba la puerta por la que había salido su nuevo jefe.